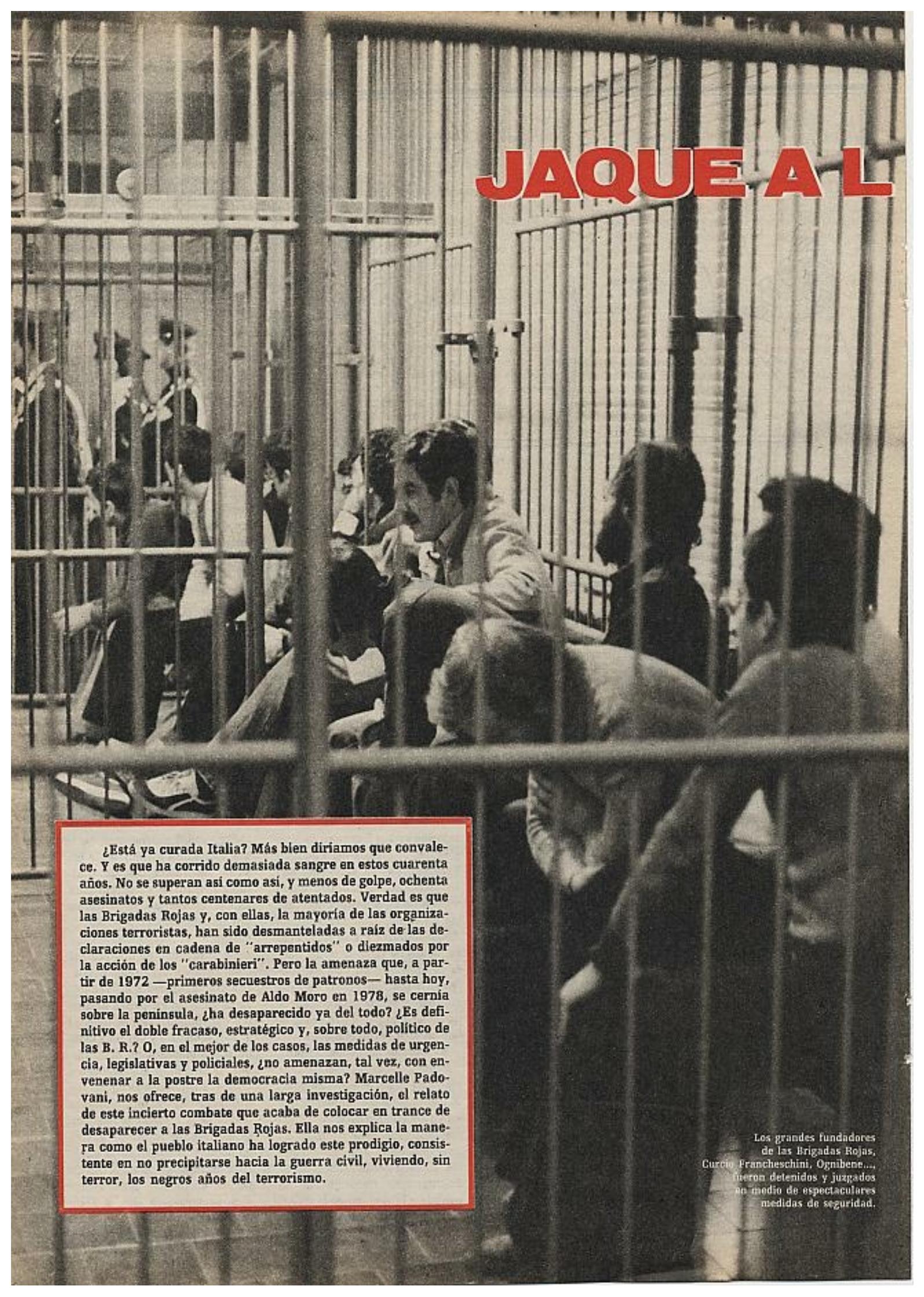


JAUUE A L



¿Está ya curada Italia? Más bien diríamos que convalece. Y es que ha corrido demasiada sangre en estos cuarenta años. No se superan así como así, y menos de golpes, ochenta asesinatos y tantos centenares de atentados. Verdad es que las Brigadas Rojas y, con ellas, la mayoría de las organizaciones terroristas, han sido desmanteladas a raíz de las declaraciones en cadena de "arrepentidos" o diezmados por la acción de los "carabinieri". Pero la amenaza que, a partir de 1972 —primeros secuestros de patronos— hasta hoy, pasando por el asesinato de Aldo Moro en 1978, se cernía sobre la península, ¿ha desaparecido ya del todo? ¿Es definitivo el doble fracaso, estratégico y, sobre todo, político de las B. R.? O, en el mejor de los casos, las medidas de urgencia, legislativas y policiales, ¿no amenazan, tal vez, con envenenar a la postre la democracia misma? Marcelle Padovani, nos ofrece, tras de una larga investigación, el relato de este incierto combate que acaba de colocar en trance de desaparecer a las Brigadas Rojas. Ella nos explica la manera como el pueblo italiano ha logrado este prodigio, consistente en no precipitarse hacia la guerra civil, viviendo, sin terror, los negros años del terrorismo.

Los grandes fundadores de las Brigadas Rojas, Curcio Francheschini, Ognibene... fueron detenidos y juzgados en medio de espectaculares medidas de seguridad.

TERRORISMO

AS BRIGADAS ROJAS

MARCELLE PADOVANI

MAMA", exclamó, el 17 de abril en la cárcel, al volverla a ver después de tres años de clandestinidad. Por otro lado, ya había telefoneado, en varias ocasiones en los últimos tiempos, a su madre, arriesgándose mucho. "Ve a la Policía, cuenta lo que sabes, abandona esta absurda vida de terrorista", le decía cada vez, y él cedió, sentía la imperiosa llamada de la razón y del sentimiento, estaba dispuesto a dejar las armas. También cuando el general de los carabinieri, Carlos Alberto Dalla Chiesa, le atrapó el 19 de febrero en Turín, Patricio Peci, de veintiseis años, terrorista de las Brigadas Rojas, jefe militar de la "columna" de Turín, de dicha organización, autor de varios asesinatos, de atentados y de "disparos a las piernas", no sólo estaba maduro para arrepentirse, sino también para confesar.

Desde entonces no ha parado de hablar, dando lugar al arresto (en abril) de unas cincuenta personas, el descubrimiento de varios escondites, el suicidio del abogado Eduardo Arnaldi y, sobre todo, a la operación de la Via Fracchia, en Génova, durante la cual cuatro miembros importantes de las Brigadas Rojas fueron ametrallados por los carabinieri, antiguos amigos. Peci, pues, se afeitó el fino bigote que se había dejado en la clandestinidad y después vació el saco delante de los jueces de Turín, que le acuciaban a preguntas: era el primer jefe terrorista de importancia que hablaba, un miembro de la "dirección estratégica" de las Brigadas Rojas. Antes que él ocho "pequeños" terroristas ya habían aliviado sus conciencias. Igual que un miembro politizado de la derecha-común, Carlos Czirati, y un ex militante del Poder Obrero, Carlo Floroni, que se habían convertido los dos en acusadores de Toni Negri y de los "autónomos" en general. Pero esta vez se trata de las Brigadas Rojas, las míticas Brigadas Rojas, las imposibles de coger, las superclandestinas, las supercerradas Brigadas Rojas. Peci rompió el círculo mágico que las protegía. Por lo menos provisionalmente la organización parece estar de rodillas. Por otra parte no sólo están cediendo las Brigadas Rojas. Primera Línea da también signos de desconcierto. Se ha llegado a un momento crucial en la batalla contra el terrorismo.

El "Grande Vecchio"

El terrorismo "rojo" ha reinado en Italia desde 1972, fecha de los primeros secuestros de los "jefes pequeños". En el transcurso de algunos meses se pasa de las discusiones teóricas sobre la lucha armada al uso práctico de las armas. 1974: Primer rapto político, un magistrado reaccionario. 1976: Primer asesinato, un procurador de la República también reaccionario. Después, un periodista; jefes de fábrica, abogados. En 1978: La culminación: el asesinato de Aldo Moro, líder de la Democracia Cristiana, el hombre que había hecho la apertura hacia el Partido Comunista.

Las Brigadas Rojas le raptan el día en que los comunistas entran en la mayoría del Gobierno y restituyen su cuerpo en lugar bien simbólico, a

mitad de camino entre las sedes romanas de la Democracia Cristiana y del PCI. Después el terrorismo se generaliza; caen magistrados, policías, carabinieri, guardianes de prisiones: no son forzosamente reaccionarios, sino todo lo contrario. A veces son progresistas, a veces los matan simplemente porque llevan uniforme. En total, cerca de ochenta personas asesinadas, con una clara ascensión de crímenes en estos últimos meses.

¿Qué es todo esto?, se dirá frente a los cien muertos al año por droga o a los sesenta que ha liquidado la Mafia en menos de dos años. Sin embargo, si la sociedad italiana ha reaccionado bien, en general, al terrorismo, con calma y con sangre fría, la sociedad política sí ha acusado el golpe. Nadie negará que el terrorismo tiene gran parte de la culpa del actual giro hacia la derecha y de las medidas autoritarias que se han tomado recientemente. Y es un Gobierno débil, armado de leyes con frecuencia inútiles el que ha sido obligado a afrontar el gran momento crucial del terrorismo.

En efecto, se empieza a ver con un poco más de claridad la organización, la estrategia y los orígenes del terrorismo en Italia. Sin duda gracias a Peci, pero incluso antes de Peci. ¿Pero qué es lo que ha contado el miembro de las Brigadas arrepentido? Tres años y medio de terrorismo: los asesinatos de Génova, el asunto Moro, los atentados en los cuarteles de Turín, el asesinato del periodista de la "Stampa", Carlo Casalegno, culpable de haber escrito artículos demasiado comprometidos contra el terrorismo; una decena de ataques a las piernas, otros ocho homicidios. Después, el organigrama de las Brigadas Rojas: un cerebro rector "político compuesto por dos o tres personas de las cuales surgirá un misterioso 'Grande Vecchio' (el 'Gran Viejo'), el verdadero gerente del terror, que decide en la sombra las grandes campañas terroristas; después el agente intermediario, Mario Moretti, que transmite las directrices de la cumbre a la dirección estratégica de las Brigadas Rojas, que actualmente estaría compuesta (después del arresto de los grandes fundadores Curcio, Francheschini, Ognibene, etc.) por cinco miembros. A dos de ellos los mataron el 27 de marzo en la Via Fracchia, en Génova; otro está en la cárcel (Peci), y los dos restantes continúan fugados. Peci confirmó además que el salario mensual del terrorista es de doscientas cincuenta mil liras, una suma modesta, compensada además con ventajas en especie (alojamiento gratuito, reembolso de los gastos profesionales). Estimó que el número de miembros de las Brigadas clandestinas, si se cree en las indiscreciones, asciende a ciento cincuenta a tiempo completo; ochenta para la columna romana, treinta para la genovesa, veinte para las de Milán y Turín.

Una indulgencia divertida

Sobre las condiciones de la aparición del terrorismo Peci no se retrasa en absoluto. Por

otra parte se conocen. Nacido de las desilusiones del otoño caliente ("las conquistas de los trabajadores y de los sindicatos son irrisorias, dicen esos jóvenes de después de 1969; hay que pasar a la insurrección"), se organizó alrededor de dos matrices ideológicas —la católica, con sus bruscas radicalizaciones y su impaciencia revolucionaria, y la marxista leninista, que parece seguir al pie de la letra las antiguas directrices de la Tercera Internacional—, el terrorismo se apoya, pues, en la denuncia del "revisionismo" comunista, primero para teorizar y después para practicar "la lucha armada".

Pero incluso antes de las declaraciones de Peci —que ha desacralizado a las Brigadas Rojas a la vez que las desarticulaba—, la represión del terrorismo ya había dado pasos agigantados en comparación con la ineficacia de hace sólo un año. La sociedad italiana y sus instituciones parecían las menos indicadas para afrontar el terrorismo. Los servicios secretos habían sido disueltos en 1977 y dividido en dos grupos igual de ineficaces. Los cien mil policías sufrían un entrenamiento notoriamente insuficiente: a algunos de ellos los habían liquidado los terroristas cuando tan sólo habían utilizado un arma de fuego dos veces en su vida.

Los terroristas explotaban puntos de apoyo insospechados en el aparato del Estado y en las grandes empresas: "topos", "infiltrados" daban nombres, organigramas, fichas de los futuros blancos. El terrorismo se beneficiaba de la indulgencia divertida de ciertos estratos intelectuales con tendencia a tener una visión estética de la violencia, el terrorismo como ruptura con la monotonía gris de la política cotidiana, el terrorismo como antiestado, el terrorismo como reacción primaria "natural", se podría decir, en la batalla por la vida; el terrorismo como "camaradería" en un mar de soledad; el terrorismo como escalofrío (la alegría de albergar a un clandestino, de esconder octavillas, de cometer pequeños delitos); el terrorismo como estrategia de los que están fuera la Ley, de los "sin sistemas"; en fin, el terrorismo como espectáculo.

El terrorismo tenía otros triunfos: La dificultad para las organizaciones de izquierdas para hacer comprender a los trabajadores de que cuando un terrorista mata a su peor enemigo no hay que cantar victoria, que es un trozo de democracia que se va. Dificultad para organizar algunas huelgas en los talleres donde se había herido a algún jefecillo. Dificultad no tanto para "hacer decir no a las Brigadas Rojas", como para hacer decir "sí al Estado". Porque, a pesar de todo, este Estado continúa siendo el lugar de la injusticia y de corrupción. Dificultad, pues, de pasar de la condena verbal del terrorismo a formas de lucha política concretas: desde la vigilancia de las masas y el establecimiento de cuestionarios, hasta la denuncia de sospechosos al sindicato.

Evitar la dictadura

Dificultad acrecentada por el hecho de que las fuerzas de derechas han querido confundir

BRIGADAS ROJAS

luchas sindicales con terrorismo y "criminalizar" la combatividad. "Es el exceso de conflictos el que da lugar al terrorismo, ¡haced menos huelgas, habrá menos asesinatos!". En fin, dificultad para admitir que la matriz del terrorismo es "roja", que terroristas los hay incluso en la fábrica, y que, por lo menos hasta cierta fecha, los autores de los asesinatos han creído realmente que estaban acelerando el curso de la revolución, provocando el paso a un Estado autoritario. De ahí lentitudes, esquematismo, incomprensiones sobre todo por parte del Partido Comunista, que ha tendido a poner a todos los terroristas y a todos los subversivos en el mismo saco. "Rojos" y "negros", "autónomos" y miembros de las brigadas, fascistas y no fascistas.

Y con todo, a pesar de todas estas dificultades —o quizá a causa del carácter eminentemente público de que han sido revestidas—, Italia es, probablemente, el único país que ha sabido coger por el medio del cuerpo al terrorismo sin cambiar la naturaleza de sus instituciones; aislarlo políticamente sin organizar la caza de las brujas. Reprimir sin hundirse en la dictadura: dotarse de una legislación severa sin prácticamente atentar seriamente contra el ejercicio de las libertades. Un ejemplo: Los ochenta asesinatos terroristas perpetrados en seis años no han conseguido que se restablezca la pena de muerte.

La Magistratura y las fuerzas de la represión, incluso antes de la confesión de Pecl, se habían sin embargo marcado puntos. Los jueces porque han sabido pasar de procesos monstruosos, largos y complicados a procesos rápidos y más eficaces; haciendo que juzgaran a los presuntos terroristas por tenencia de armas, incendio voluntario o falsificación de identidad en lugar de atribuirles sistemáticamente la paternidad del asunto Moro. Los carabinieri, que equivalen a los gendarmes franceses y por tradición tienen fama de militares antidemócratas, han sabido

demostrar una rapidez y una capacidad de deducción insopechadas.

Y aquí se destaca una silueta, la de Carlo Alberto Della Chiesa, general de los carabinieri, encargado de coordinar la lucha antiterrorista. En suma, con métodos muy tradicionales, como explica uno de sus amigos: "Della Chiesa —dice— tiene seis principios: seguir sistemáticamente y durante mucho tiempo a los sospechosos, porque todos los hombres tienen fallos; usar la 'malavita' (el hampa), porque ninguna organización subversiva y clandestina puede olvidarse de esta contrasociedad que es el medio; pagar para tener información; no actuar nunca después de un atentado, ya que los despliegues de fuerza entonces son inútiles; hacer una lectura sistemática, un examen minucioso, día a día, de toda la literatura terrorista; contar con los 'infiltrados'". De esta manera habría hecho entrar en las cárceles, disfrazados de derecha común, a hombres suyos cuya misión era la de hacerse "politizar" por los Brigadas Rojas que estaban detenidos allí, para después entregar los nombres y las direcciones que habían obtenido.

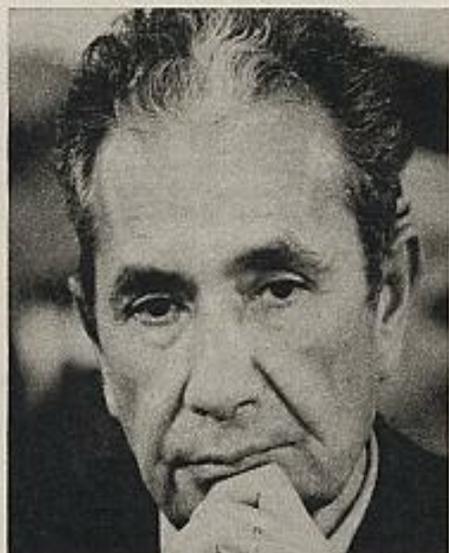
Fue el mismo Della Chiesa el que consiguió capturar a Renato Curcio, entonces jefe de las Brigadas Rojas, gracias a un sacerdote guerrillero infiltrado en las Brigadas apodado Frate Mitra (Hermano Metralleta). Algunos, sorprendidos de la amplitud de las revelaciones de Peci, incluso llegan a pretender que es un hombre del general: más exactamente un terrorista al que el general hubiera capturado y después dejado escapar, hace un año, igual que a su compañera, a cambio de trabajar de informador. Pero no es más que una suposición.

En todo caso no explica la serie de confesiones que sale de las filas del "partido armado". ¿Por qué todos esos "arrepentidos"? ¿Por qué esta repentina profusión de buenos sentimientos? ¿Por qué Rocco Micaletto, jefe de la columna de Génova, detenido al mismo tiempo que Peci, se cubre la cara cuando los jueces

quieren organizar un careo con una de las víctimas a las que han disparado a las piernas? Quizá se ha subestimado la crisis latente del terrorismo. Hace ya un año Valerio Morucci y Adriana Faranda dejaban la "organización": Allí encontraban "demasiada poca democracia" y una concepción errónea de la lucha armada, demasiado separada de las luchas sociales.

El caso de los "autónomos"

Había también otras señales: los largos lapsos de tiempo transcurridos entre los asesinatos y la difusión de los comunicados que los reivindicaban; la sustitución de blancos significativos por símbolos más pobres (hombres de uniforme); la creciente debilidad ideológica de los textos terroristas. En suma, tras la culminación de la violencia representada por el asunto Moro, el terrorismo ha seguido matando, pero sin soporte ideológico, ha procedido a depuraciones internas, pero perdiendo eficacia; ha reclutado gente, pero la "nueva generación" no está bañada en el acero como la anterior.



Un ejemplo: Patricio Pecl una vez más. Este joven de veintitrés años calleja, a principios de 1977, por su pequeña ciudad natal de San Benedetto del Tronto (Marche), trabaja a temporadas de camarero en un café; las Brigadas Rojas se ponen en contacto con él; aunque no tiene ninguna cualidad intelectual —dice su madre— para "convertirlo en jefe terrorista"; aunque, como dice uno de sus amigos, "no sepa ni redactar una octavilla", se convierte rápidamente en el responsable de la columna de Turín, decapitada por el asunto Moro, y se convierte también en miembro de la dirección estratégica. En suma, he aquí un hombre que en el espacio de tres años ha pasado de ser camarero a ser responsable de las Brigadas Rojas; antes de convertirse en desertor y en renegado. ¡Vaya trayectoria! Tampoco hay que olvidar el caso de Sergio Zedda, de veinte años, del grupo Prima Linea, que hace detener a trece compañeros suyos el 22 de abril y revela que su organización proyectaba la ocupación armada de un barrio popular de Turín: ¡Y hacía menos de un año que era terrorista!

Pero la crisis del terrorismo sola no explica el desfile de "arrepentidos". Hay otra cosa, una hábil legislación, votada el 15 de diciembre de 1979, que asegura a los que colaboran con

El cuerpo de Aldo Moro, el hombre que había hecho la apertura hacia el Partido Comunista, fue simbólicamente abandonado en un punto equidistante entre las sedes romanas de DC y el PCI.



DALLA CHIESA: RETRATO DE UN SUPER- CAZADOR

CINCUENTA y nueve años. General de los carabinieri. Con el aspecto amable de un bulldog. A fuerza de dormir en los cuarteles y de llevar cuellos abndonados ha adquirido un sentido maníaco del orden, de la disciplina y del secreto. Ha interrumpido toda vida familiar. Al ministro del Interior le cuesta mucho trabajo comunicar con él: se rodea de misterio y le encanta la clandestinidad. Cuando llama por teléfono no dice nunca de dónde viene su llamada. No concede entrevistas. Sin embargo, cuenta uno de sus amigos: "Se lanza sobre los periódicos en cuanto salta de la cama, furioso por lo que se dice de él, pero todavía más furioso si no se habla de él". El general Carlo Alberto Dalla Chiesa, supercazador de terroristas, enemigo número uno de las Brigadas Rojas, apodado "Dallias" por sus hombres, está en situación de convertirse en el personaje más popular de Italia.

Este hijo, hermano, yerno y cuñado de carabinieri, él mismo carabiniero desde 1945, tiene un buen palmarés de su actividad. La mayoría de los casi 300 miembros de las Brigadas encarcelados han sido atrapados gracias a él. Desde Renato Curcio hasta Patricio Peci. Nominado gran coordinador del antiterrorismo en 1978, está desde el 15 de diciembre al mando de la División Pastrengo, es decir, de 27.000 carabinieri, con el objetivo principal de luchar contra el terrorismo.

Después de haber participado en la Resistencia, le envían a Sicilia, en 1945 para combatir a la mafia; en aquella ocasión detuvo a 76 jefes mafiosos, entre los cuales se encontraba el famoso Frank Coppola. Pero tiene mala suerte:



cuando descubre que el gran jefe se llama Luciano Liggio, lo trasladarán. Se dice que es él el que ha inspirado a Leonardo Sciascia el personaje del capitán Bellodi en "Día de la lechuga". Sigue un gran eclipse. Después se empieza a filtrar en las B. R. Sin duda tiene un talento especial para la investigación y un buen conocimiento de los métodos tradicionales de la investigación. No se le ve nunca utilizar métodos muy espectaculares o muy nuevos. En cierta forma ha rehabilitado a la Policía de la "Banda de Bonnat".

Pero el general no suscita sólo elogios en Italia. "Tiene demasiados poderes", "su nombramiento es anticonstitucional", "¿A quién le rinde cuentas?", "Es un hombre de la Democracia Cristiana, encargado de aplastar a los terroristas, más que de hacer reformas", se oye por aquí y por allá. En realidad, se le reprochan, sobre todo, dos asuntos: el de la cárcel de Alessandria, donde tres de los detenidos se encierran con veinte rehenes, el 9 de mayo de 1974; Dalla Chiesa interviene. Balance: siete muertos. La del 27 de marzo de 1980 en Génova; los hombres de Dalla Chiesa asedian un escondite terrorista y matan a cuatro. ¿No se podría haber evitado este baño de sangre? ■

la justicia una considerable reducción de la pena; el discurso de investidura del presidente del Consejo que evoca la eventualidad de la "gracia" para aquellos terroristas que "salvasen a su patria", y el general Dalla Chiesa, por fin, que parece tener una psicología muy particular del arrepentimiento. Así habría prometido a Peci que, después de dos o tres años de cárcel, un país lejano y soleado le acogería en sus orillas.

Arrinconado, pues, entre las ventajas del arrepentimiento y el rigor de la represión, aislado de la población, el terrorismo que quiera seguir siendo terrorismo, ¿tiene medios para atravesar la tormenta? Su actual derrota, en efecto, no puede ser definitiva. Primero, porque la locura programada de las Brigadas Rojas cuenta, según sus primeros textos, con una generación entera; la insurrección como la concebía Lenin —dicen las Brigadas Rojas— ya no es factible hoy, sólo puede ser sustituida por la guerrilla a largo plazo. En tres fases: Una, de "propaganda de la lucha armada a través de los atentados y de los asesinatos; la segunda, de constitución del "partido comunista combatiente", y la tercera, de paso a la guerra civil. ¿Quién sabe si en esas condiciones algún ideólogo no se sentirá llamado a hacerse cargo de la antorcha de las Brigadas Rojas? ¿Quién sabe si algún grupo no se sentirá tentado de vengar el honor perdido de la organización? ¿Quién sabe si el "Grande Vecchio" (el Gran Viejo), según la expresión de Bettino Craxi, secretario general del PSI, el "político" que dirigirá en el más absoluto de los misterios las campañas terroristas, no va a poner en pie otra organización?

En fin, ni las Brigadas Rojas ni Prima Línea representan la totalidad del terrorismo. Aquí tenemos que hablar, por lo tanto, de "autonomía". Las organizaciones autónomas, aunque todos sus jefes estén en la cárcel (ocho militantes han sido liberados), conservan una gran capacidad de organización de la guerrilla urbana, no dudando en disparar a las piernas a los profesores de Padua, ni a molarlos a palos, ni a aumentar las "noches de fuego" en Venecia; quinientos atentados en dos años sólo en la ciudad de Padua, y el periódico autónomo "Rosso", que escribe: "Disparar a las piernas y ajusticiar a un enemigo está muy bien"; pero al mismo tiempo: "Trabajar en el interior de la ilegalidad de la masa". Aquí es donde aparece la diferencia fundamental con las Brigadas Rojas: los autónomos son mucho menos asesinos que las Brigadas Rojas, en la medida en que insisten en unir acciones violentas y movimientos sociales (especialmente con ocasión de expropiaciones proletarias); su adhesión a la necesidad de la lucha armada no se traduce forzosamente por un compromiso real en las filas clandestinas. Los catorce detenidos del 11 de marzo de 1980 lo están por robo, tenencia de armas, acciones violentas dentro de la Universidad y organización de un escondite para armas.

El misterio Negri

¿Y el profesor Toni Negri?, se preguntarán. Detenido el 7 de abril en calidad de gran jefe del conjunto del terrorismo italiano, su posición de inculcado se ha simplificado: primero porque las pruebas de su participación en el secuestro de Aldo Moro no se han producido —de ahí el anuncio, el 24 de abril, de que esta acusación se retiraba—; después, porque las acusaciones que le vienen en compensación de dos "arrepentidos", el derecha común Carlo Casirati y el político Carlo Fioroni, han orientado a los investigadores hacia otros hechos. Hacía la organización en 1975 del secuestro de Carlo Saronio,

para financiar la "organización"; hacia el atentado a la fábrica Face Standart, cerca de Milán; hacia el robo de un cuadro en la iglesia de Alba, a los cuales hay que añadir las acusaciones de encubrimiento de malhechores y de organizar y animar la "autonomía" de Padua. En resumen: Los juristas, los hombres de la izquierda que reclaman hoy un proceso y una instrucción rápidos (con un cargo entre Negri y sus dos acusadores) han escogido la única vía justa para hacer salir al conocido profesor de Padua de una situación en la cual no están sólidamente comprobadas ni su culpabilidad ni su inocencia.

La "autonomía" puede, pues, volver a tomar la antorcha de la guerrilla urbana, igual que el centenar de pequeños grupos del "terrorismo difuso": un atentado contra un cuartel aquí, disparos a las piernas allá, un asesinato en otra parte. Disparar contra un uniforme en la esquina de una calle. ¿Qué hay más fácil en una ciudad moderna con engranajes frágiles y complejos? Esta violencia "periférica", típica de las áreas metropolitanas, que tiene su origen y su capacidad de explosión en las áreas restringidas como los barrios, los bloques de inmuebles, puede también tomar el relevo de las Brigadas Rojas.

Como hacen notar los sociólogos, la violencia ha pasado a las costumbres cotidianas: "Antes —dicen— se daba un puñetazo, hoy se saca el P 38; antes uno se peleaba, hoy se dispara; se

asiste a una auténtica 'socialización' del uso de las armas; el Estado ha dejado de tener el monopolio de la violencia armada".

La batalla contra el terrorismo está, pues, lejos de terminar. En el plano militar los grupos han sufrido una gran derrota; en el plano político han sido aislados dentro de la población. (Como lo hacía notar un hombre político, si las calles no hubiesen sido invadidas por las manifestaciones antiterroristas, quizá las hubieran ocupado los militares.) ¿Pero qué respuesta se puede dar hoy a las nuevas generaciones, a la izquierda, a la democracia? Tan ajenas a esto están que en el apogeo del movimiento obrero italiano —los años 1974-1978— han preferido, en gran proporción, bloquear la entrada en este mismo movimiento en las instituciones, escoger o tolerar el terrorismo y provocar un endurecimiento autoritario del Estado, el cual debería haber sido anterior a la guerra civil y a la revolución proletaria.

Entre los pocos méritos del terrorismo hay que contar entonces el de haber planteado con agudeza —y en la tragedia— el problema de la relación de la izquierda con el Estado, ya que la izquierda ha sabido defender al Estado contra los terroristas, aunque éste fuese portador de injusticias y de corrupción. ¿Qué reformas propone hoy para cambiar este mismo Estado y para ganarse a los jóvenes para la democracia? ■ M. P. © "Le Nouvel Observateur"-TRIUNFO. 1980.

GENOVA: EL LABORATORIO

GENOVA, capital del terrorismo italiano. Génova, fortaleza de las Brigadas Rojas. Génova, cuartel general de los "halcones" de las Brigadas Rojas... Escondidos en las callejuelas empinadas, maquillados, enmascarados, disfrazados, verdaderas sombras incrustadas en los huecos de los palacios barrocos, "carbonari" clandestinos que se cansan de día en las grandes fábricas metalúrgicas antes de ponerse de noche la combinación del perfecto terrorista: si se da crédito al rumor, los miembros de las Brigadas se encontrarían en Génova como pez en el agua. "He aquí la prueba —le dice uno—: aquí han tenido lugar los atentados más espectaculares de las Brigadas Rojas y, sin embargo, sólo se ha descubierto un solo 'escondrijo' terrorista, en marzo de 1980, y en un baño de sangre". "No —dice otro—, aquí se han producido las mayores manifestaciones contra el terrorismo, como la que tuvo lugar por el asesinato de Guido Rossa; Génova aborrece todo lo que es Brigadas Rojas". "Viva la lucha armada", se lee en la pared del subterráneo que va a dar a la estación. En la pared de enfrente el oco responde: "Contra el terrorismo, democracia".

Génova, 860.000 habitantes, ciudad violenta y contradictoria, se extiende a lo largo de 30 kilómetros de costa, entre las colinas y el mar. Superactiva, superproductora, siempre en plena efervescencia, con su enorme puerto mercante por donde pasan diez mil barcos al año, 81.000 toneladas de mercancías y un millón de viajeros; con sus fábricas metalúrgicas donde trabajan más de cien mil asalariados, sus astilleros, sus industrias textiles; con la opulencia austera de su burguesía que compra cuadros para apilarlos en sus armarios y que vive detrás de fachadas miserables con la esperanza de no dar envidia. Aquí, a pesar de las diferencias de clase, hay algo en común entre obreros y burgueses, entre comerciantes y empleados: una misma ética del trabajo, digna de los capitalistas protestantes de Max Weber, una misma voluntad de ser "serio", de hacer el trabajo bien, en cualquier nivel en que se encuentre. Giuliano Zincone, de treinta y ocho años, director del "Il Lavoro" ("El Trabajo"), periódico de izquierda: "Aquí los patronos son más patronos que en otros sitios, los obreros son más obreros, los comunistas más comunistas".

Ciudad de una gran tradición culinaria, Génova ofrece, imperturbable, desde hace más de mil años, su "pesto" (salsa de aceite de oliva, albahaca, ajo y queso de oveja), su "torta pasqualina" (pasta hojaldrada, alcachofas, huevos, mantequilla, queso) y sus vinos de "cinque terre". Es una de las ciudades con una renta per cápita más elevada, la que lee más periódicos de toda la península. Génova, como explica con orgullo su alcalde, Cerofolini, en su despacho del palacio Doria Tursi donde le visitamos: "Es la única ciudad de Europa donde los ocupantes alemanes se han entregado no al ejército americano o inglés, sino a los partisanos". Y nos enseña el acta de rendición, firmada por el general Meinhof, que confía sus armas y sus 30.000 soldados a la resistencia genovesa. En Génova, dice el rumor público, en la liberación un determinado número de fascistas conocidos, responsables de asesinatos y de deportaciones, fueron arrojados vivos a los altos hornos de la Italsider...

Pero Génova tiene otros títulos de gloria: la mejor clase obrera que se pueda imaginar, homogénea, formada por profesionales altamente cualificados (con salarios que alcanzan fácilmente las ochocientas o novecientas mil liras al mes), sólidamente arraigada en sus tradiciones culturales (círculos obreros, asociaciones, equipos de fútbol, teatrillos), sindicada en un 75 por ciento, que vota a la izquierda (el alcalde es un obrero socialista; el

UNA CLASE OBRERA "EJEMPLAR": ¿QUE TERRENO MEJOR PODIAN ENCONTRAR LOS TERRORISTAS PARA EXPERIMENTAR EL IMPACTO DE SUS METODOS Y CALCULAR LAS PROBABILIDADES DE EXITO DE SU IDEOLOGIA?

PC obtiene, por término medio, el 36 por 100 de los votos; el PS, el 15 por 100, y la extrema izquierda, el 2 por 100. Aquí se han organizado, en verdad, las mayores manifestaciones antiterroristas y, en general, las más imponentes manifestaciones políticas. Una clase obrera, pues, de "granito", como dice Daniele, del consejo de fábrica de la Italsider; después añade: "También un poco estalinista", pero a media voz.

Juramento sobre una tumba

Esta clase obrera revolucionaria o por lo menos profundamente antirrevisionista, ¿estaba destinada a ser el interlocutor y el cobaya de las Brigadas Rojas para probar las reacciones del mundo del trabajo? En todo caso, es en Génova donde tiene lugar el primer secuestro "político", el primer rapto (el juez Mario Sossi, en 1974) firmado por las Brigadas Rojas, el primer asesinato de obrero comunista (Guido Rossa).

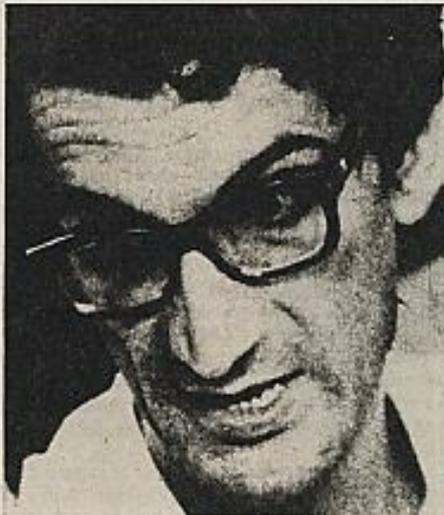
¿Quién era Guido Rossa? Un obrero y un militante sindicalista ejemplar. Sorprende una mañana a un empleado, llamado Francesco Berardi, depositando panfletos de las Brigadas Rojas en la fábrica de Conegliano. Denuncia a este "fiancheggiatore" (compañero de viaje de los terroristas) a la justicia. Berardi es condenado a cuatro años de

prisión, pero Rossa será perseguido por la terrible venganza de las Brigadas. Amenazas, llamadas telefónicas inquietantes. Después, el 24 de enero de 1979, el asesinato, a las 8,30 de la mañana. Experiencia traumatizante para los obreros de Génova: doscientas mil personas desfilaron en su entierro.

"Al principio —cuenta Gabbi, delegado del consejo de fábrica de la Oscar Sinigaglia y compañero de Guido Rossa— hubo una cierta vacilación sobre las Brigadas Rojas. Cuando ellas herían a un 'capetto' —un jefecillo— o a uno de nuestros adversarios, cuando reptaban a un magistrado reaccionario como Sossi, y esto es un hecho, ejercían una especie de fascinación sobre alguno de nosotros. Pero una cosa es detestar a tu jefe y otra muy diferente verle tendido en el suelo en un charco de sangre... La repulsión por el terrorismo se ha acentuado en el curso de los acontecimientos: la ambigüedad cesa con el caso Moro (las Brigadas Rojas habían atentado contra el hombre del diálogo); después, con el asesinato de Guido Rossa (un obrero como nosotros). Y los ojos se salen de las órbitas: no, el terrorismo no es el inicio de la revolución". "Hemos jurado sobre la tumba de Guido —añade Enrico, otro compañero de Rossa—: denunciaremos a todos los cómplices de los terroristas allí donde se encuentren. Por lo demás, desde hace un año no hemos visto un solo panfleto firmado 'Brigadas Rojas' en las fábricas metalúrgicas en Génova".

Entonces, ¿es Génova abono fértil del terrorismo? ¿O acaso la única ciudad de Italia donde el odio a las Brigadas Rojas ha enpujado a un obrero a la denuncia a costa de su vida? En todo caso, una cosa es segura: las Brigadas Rojas han estado y siguen estando fascinadas por Génova, por la clase obrera de Génova, que responde maravillosamente a la idea un poco mítica, muy de la Tercera Internacional, que uno se puede hacer de la clase obrera ideal: dura, pura, superorganizada, metida en el acero. En este sentido, sí, Génova es el "laboratorio" de las Brigadas Rojas. ■

¿QUE GARANTIAS HAY PARA LOS ACUSADOS?



Toni Negri: falta de pruebas.

STEFANO RODOTA, DE CUARENTA Y SIETE AÑOS, JURISTA, DIPUTADO DE LA IZQUIERDA INDEPENDIENTE, ES CONSIDERADO COMO EL CRITICO MAS RIGUROSO TANTO DE LA LEGISLACION ANTITERRORISTA ITALIANA COMO DE SU APLICACION PRACTICA. HA SIDO ESPECIALMENTE SEVERO CON LAS AUTORIDADES ITALIANAS CUANDO ESTALLO EL ASUNTO TONI NEGRI.

En función de qué aparato legislativo se detiene y se juzga a los presuntos terroristas en Italia?

—El aparato represivo italiano es complejo. Los códigos fascistas, que todavía están en vigor, las



Bloqueo y control de carreteras por la Policía y el Ejército italianos en un intento de localizar a los secuestradores de Aldo Moro.

leyes antisequestro de mil novecientos setenta y cuatro, la Ley Reale, que amplía las condiciones del derecho de uso de armas para las Fuerzas del Orden. Instauran la relegación para los sospechosos de terrorismo y asegura la indulgencia de la justicia para los policías que cometiesen delitos en el ejercicio de sus funciones. Por fin, los Decretos del veintinueve de marzo de mil novecientos setenta y ocho y del quince de diciembre de mil novecientos setenta y nueve. El primero decide la agravación de la pena por secuestro de personas con fines terroristas, la disminución de las mismas penas para aquellos terroristas que permitiesen la liberación del rehén (este Decreto se aprobó cinco días antes del secuestro de Aldo Moro), la ampliación de las posibilidades de escuchas telefónicas y arresto de veinticuatro horas para comprobación de identidad. El Decreto del quince de diciembre permite cuarenta y ocho horas de arresto sin control judicial para cualquier persona sospechosa, autoriza el registro incluso sin mandato judicial de los inmuebles o de los bloques de inmuebles donde se tiene la sospecha de que se hubiera podido refugiar un terrorista y que prolonga la duración del arresto preventivo por actos de terrorismo hasta... ¡doce años!

—¿Qué piensa usted, en conjunto, de esta legislación antiterrorista?

—No ofrece suficientes garantías para el presunto terrorista y es inútil. Algunas de estas leyes contradicen la Constitución —el arresto de cuarenta y ocho horas y el registro de ciertos inmuebles sin orden judicial, por ejemplo—, ya que anulan la presunción de inocencia. En realidad, las carencias de las leyes italianas provienen, sobre todo, de que estas leyes se votan poco a poco, bajo los efectos de la emoción popular; que tienen como finalidad más el tranquilizar a la opinión que conseguir una verdadera eficacia; que sirven para no atacar de frente la reforma de la justicia.

—Usted ha añadido que son inútiles. ¿Por qué no se aplican?

—Me veo obligado a hacer constar que los éxitos que han tenido durante la lucha antiterrorista no son consecuencia de estas leyes. El general Dalla Chiesa, por ejemplo, se las apaña de otra manera...

—¿Para qué sirve entonces votar un montón de leyes cada vez más represivas para no aplicarlas (la relegación parece que sólo ha sido utilizada

dos veces, y el arresto, doce veces), mientras se avanzaba por un camino peligroso, creando en los ciudadanos una necesidad de autoritarismo?

—Sin embargo, hay que reconocer que por lo menos, hasta ahora, los procesos contra los terroristas se han desarrollado concretamente sin excesiva severidad y ofreciendo a los inculcados las garantías necesarias. Reconocer también que en el seno de la Policía (digo bien de la Policía, no de los carabinieri, que son militares) los casos de violencia son raros. O mejor: los policías han descubierto en los últimos años, con ocasión de la lucha antiterrorista, justamente, que necesitaban una organización democrática, y han decidido afiliarse su sindicato a las tres confederaciones obreras.

—Los arrestos del siete de abril de mil novecientos setenta y nueve (el del profesor Toni Negri, en particular) han suscitado en Italia mucha emoción, y también en Francia: se oye decir que Negri, "está perseguido en calidad de intelectual"; "son sus ideas las que se quieren acusar". ¿El sumario en curso contra Negri y los que están inculcados con él es "un proceso contra las ideas", o bien hay algún elemento que haga pensar que se trata de otra cosa?

—Tanto las posturas que mantienen que Negri "es inocente forzosamente porque no es más que un intelectual" como las que se inclinan a "ende-

moniarlo", haciéndole responsable de todo el terrorismo italiano, me parecen igualmente indefendibles. Si se quiere emitir un juicio sereno sobre este asunto pasional, hay que rendirse a la evidencia: nadie posee el conjunto de datos y de hechos que podrían permitir un juicio global.

—Sin embargo, en la última fase se han hecho públicos hechos más concretos y más precisos que al principio del sumario: se refieren a los autónomos de Padua, y especialmente al secuestro, en mil novecientos setenta y cinco, del ingeniero Carlo Saronio, secuestro del que se ha acusado a Negri.

—Pero donde la acusación es inconsistente — y el juez que decidió el veinticuatro de abril eximir a Negri de toda responsabilidad no me desmentirá — es en el asunto Moro. ¿Por qué alguien que podría haber organizado el secuestro de Saronio para financiar a su grupo tendría que haber organizado el rapto de Moro?

—Por razones de claridad y de saneamiento de la vida pública, hay que actuar ahora con rapidez.

—Es positivo que la Magistratura haya separado, en el asunto Negri, los hechos que tienen relación con los azares de la autonomía de Padua —y que son graves— de los que tienen relación con Aldo Moro. Es positivo, pero sigue siendo insuficiente. ■

"ME LLAMAN ROMITO EL TRAIOR..."

IZQUIERDISTA Y DESPUES COMUNISTA, HA PREFERIDO DENUNCIAR A SUS ANTIGUOS CAMARADAS PASADOS AL TERRORISMO. HE AQUI SU CONFESION

ME llamo Antonio Romito, tengo veintinueve años y soy buscado, si me atrevo a decir, por todos los policías de la autonomía. Los autónomos quieren mi piel. Han distribuido el 12 de mayo de 1979 una 'orden de búsqueda'. Como para un bandido: 'Buscado a través de todo el territorio nacional el provocador y traidor Romito... ¡buen trabajo, camaradas!'. Y sobre las paredes de Padua: 'Romito ti spareremo in bocca'. ('Te dispararemos en la boca'.) Vivo desde hace un año en

la clandestinidad. He abandonado mi domicilio, he dejado a mi mujer y a mi hijo y he abandonado también mi trabajo. 'Acorralado como lo estás por los autónomos, más vale que te vayas, por lo menos durante un cierto tiempo', me dijeron los camaradas. Por lo tanto, me fui. ¡Qué le vamos a hacer!, en Padua no tienen derecho a la palabra nada más que los fascistas y los autónomos. Habla que sufrir sus violencias y mantener la boca cerrada. Pues bien, yo he roto la ley del silencio".

BRIGADAS ROJAS

Cuidado con tus piernas

El joven que habla es alto, delgado y rubio. Voz tranquila, serla y culta. Los únicos momentos de emoción durante nuestra conversación: cuando habla de su hijo, que tiene cuatro años, y de su casa que no puede acabar por ahora. Pero el drama es rápidamente atenuado por el acento cantarín de Venecia. Es difícil de encontrarse con Romito: la cita había sido fijada en principio en una villa del Norte, pero sólo había sido para partir en seguida en coche hacia otra ciudad. Nuestra conversación se desarrolló bajo la protección de dos vigilantes.

“He nacido en Este, cerca de Padua, en una familia obrera. Obrero desde los quince años, me hago metalúrgico en la fábrica principal de mi ciudad, la UTITA. Nunca me ha dado miedo el pelear, he estado dos meses en la cárcel por haber ocupado la fábrica, y desde mi adolescencia jamás he dudado: Cuando hacía falta darle una patada a un ‘jefecillo’, siempre decía: Presente. Fue en 1969 cuando tuve el primer contacto con el grupo Potere Operaio, del cual la mayor parte acabaría más tarde perteneciendo a la Autonomía. Me invitaban a reuniones, se discutía mucho por las noches de las luchas obreras, de la toma del poder por las armas, conocí a futuros dirigentes de la Autonomía y preparamos proyectos. Llega 1973 y con él, el Congreso de Rosolina, en donde Potere Operaio decide desaparecer. Algunos van a constituir grupos autónomos y otros renunciarán a la lucha; yo me propongo entrar en el Partido Comunista: para cambiarlo mediante toda mi capacidad de lucha y de revolución. Algunos me siguen. Soy elegido delegado en el comité de la fábrica de la UTITA. Me convierto poco a poco en responsable sindical, hasta llegar a mi función actual de secretario de la CGIL de Este. He aquí mi historial político y profesional. Mi historial clandestino comienza con las violencias de Padua.

Mis primeros enfrentamientos con mis ex amigos tuvieron lugar con ocasión de una manifestación, en 1978, que había organizado el sindicato. Los autónomos querían gritar ‘Lucha armada’ en la comitiva y yo les repliqué que se trataba de una manifestación sindical y que ellos no tenían nada que hacer allí. Recibí a partir del día siguiente amenazas por teléfono: ‘¡Cuidado con tus piernas!...’. Después fui expuesto a la venganza de los autónomos en su diario local. El asunto Moro me conmovió mu-



Pietro Calogero, juez en el caso Negri.

cho en marzo de 1978, pero sobre todo fue el asesinato de Guido Rossa, sindicalista, comunista como yo, el que me hizo comprender que no solamente es necesario denunciar el terrorismo de una manera abstracta, sino que hay que pasar a la acción.

Un buen día el juez Pietro Calogero, que investigaba acerca de los terroristas de Padua, me cita en el Palacio de Justicia. ‘¿Ha visto usted el diario de los autónomos en el que se publica el relato de su vida: ‘Romito: un revolucionario convertido en cazador de autónomos’. ¿Usted lo ha visto? Tengo una cosa que proponerle. ¿Quiere usted ayudarme en mi investigación? Es una batalla difícil, los riesgos son grandes, piénseselo bien’. Para mí todo estaba ya pensado.

Tendremos su piel

Le dije a Calogero lo que sabía: el 4 de abril de 1979, después de treinta y seis horas de

discusiones, había firmado mi declaración. Me había convertido en un testigo contra el terrorismo. El 7 de abril, la Policía realizó siete arrestos.

Cuando yo fui a la federación del PC de Padua yo informé al secretario: ‘Me tenía que haber hablado de ello antes —me dijo—, es peligroso’. La dirección del partido me citó al día siguiente en Roma: ‘Estate preparado para pasar a la clandestinidad —me dijeron—. No queremos un segundo Guido Rossa’. Y así en el fondo sucedió todo.

El 17 de abril recibo la orden de abandonar Este. ¿Que sí tenía miedo? No. No en ese momento, porque estaba protegido por otros camaradas y porque creía haber hecho una cosa justa y útil. Pero me gustaría poder reanudar mi vida normal, ver a mi mujer, a mi hijo, no volver a oír nunca más que mi mujer está amenazada por las mafias cuando va al mercado: ‘Nosotros sabemos dónde se esconde, nosotros tendremos su piel...’. ¿Es esto acaso vida para ella a sus veintiocho años? ■

SI, LA AMNISTIA ES POSIBLE

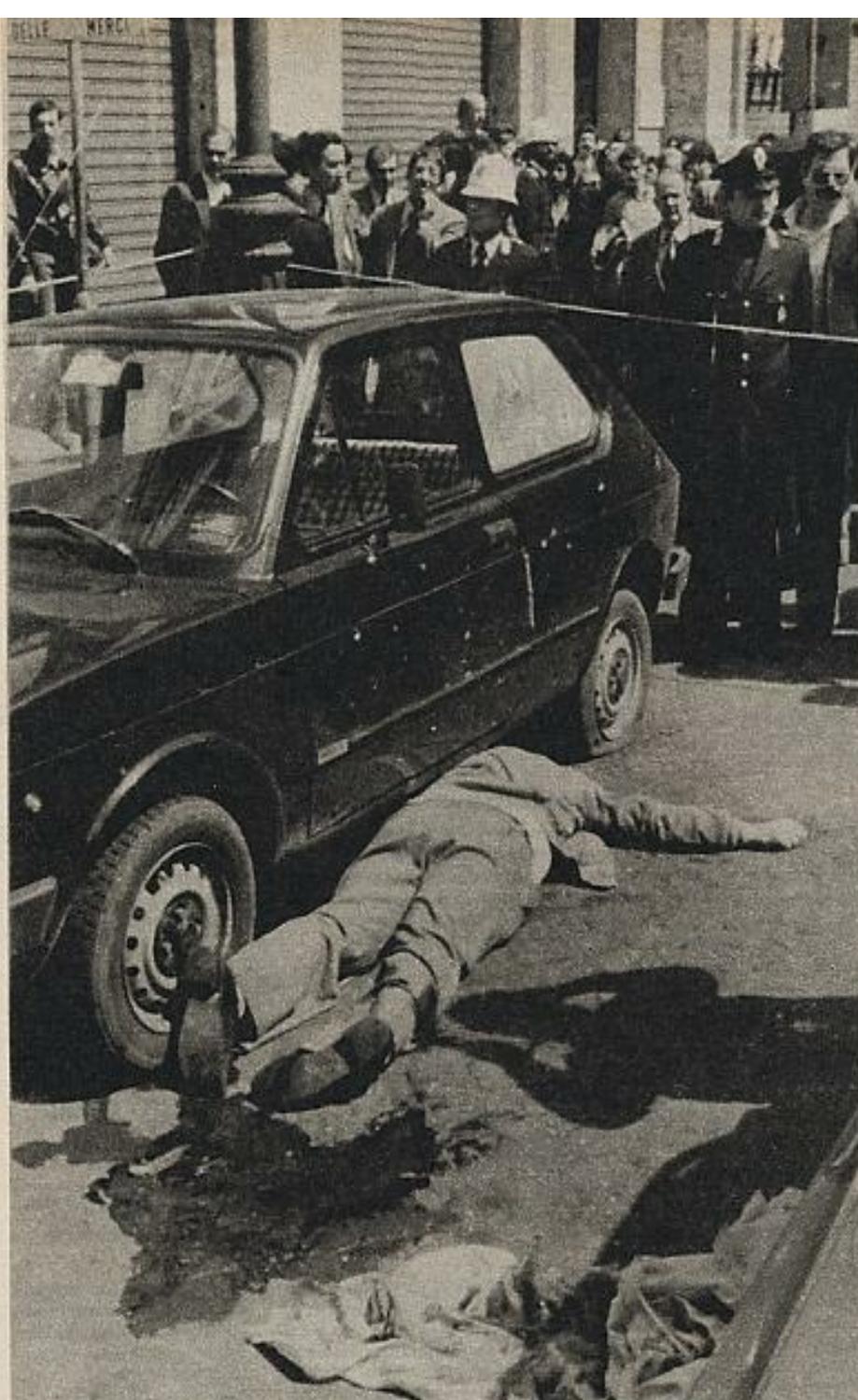
“NUESTRO FIN, RECONSTRUIR LA HISTORIA DE ESTOS DIEZ ÚLTIMOS AÑOS”. EL DIRECTOR DE UN DIARIO DE EXTREMA IZQUIERDA EXPLICA SU PLAN.

LOTTA Continua”, 30.000 ejemplares de tirada diaria, periódico de extrema izquierda, que en el pasado flirtó con el terrorismo. Su eslogan: “¡Ni con el Estado ni con las Brigadas Rojas!”. Después hay indicios de cambio. Hoy día, “Lotta Continua” acomete con un cierto

valor el problema de la delación, proponiéndose —en lugar de la denuncia de nombres— un objetivo: la reconstrucción, volver a escribir la historia de estos últimos diez años. Enrico Deaglio, de treinta y tres años, médico de formación, director de “Lotta Continua”, se explica.

AÑOS	Magistrados, abogados		Policías, carabinieri, guardias de prisión, guardias de corps		Dirigentes de empresa, mandos		Periodistas		Profesores		Médicos		Políticos		Varios	
	Muertes	Heridos	Muertes	Heridos	Muertes	Heridos	Muertos	Heridos	Muertos	Heridos	Muertos	Heridos	Muertos	Heridos	Muertos	Heridos
1974	—	—	2	—	—	—	—	—	—	—	—	—	2	—	—	—
1975	—	—	2	—	—	2	—	—	—	—	—	1	—	—	—	—
1976	1	2	6	2	—	4	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
1977	2	—	2	3	1	13	1	7	—	1	—	5	—	6	1	—
1978	4	2	15	18	1	18	—	—	—	3	—	6	3	6	1	2
1979	1	—	11	23	2	12	—	2	—	9	—	12	3	4	4	13
1980	3	—	6	20	2	3	—	—	1	2	—	—	—	4	1	1
Total	11	4	44	66	6	52	1	9	1	15	—	24	8	20	7	16

- Los asesinatos han sido esencialmente obra de las Brigadas Rojas y de Prima Linea.
- En 1978, entre “los políticos” muertos: Aldo Moro; en 1979, el sindicalista comunista Guido Rossa (muertos ambos por las B. R.).
- Los profesores y médicos heridos lo han sido en la mayoría de los casos víctimas de grupos autónomos o de escisiones de estos grupos.
- Entre los varios, arquitectos, estudiantes, empleados, comerciantes, etc.



Una de las muestras del terrorismo en Italia: un policía muerto en atentado, Roma, mayo de 1979.

"No se puede uno salir del terrorismo cuando se pertenece a organizaciones muy estructuradas, rígidas y clandestinas, como las Brigadas Rojas, e incluso Prima Línea. O más bien, no puede uno salir vivo de ellas. Hemos tenido conocimiento de algunos secretos. Hemos vivido una experiencia inhumana, totalitaria, robotizada e ideológicamente pobre; en una lógica de grupo que no permite el retorno a la vida civil. Si uno se sale de ellas es con una bala en la espalda.

Pero los centenares de jóvenes que, una vez o dos al año, han hecho un atentado nocturno... es a estos más que a otros a los que va nuestra proposición de amnistía. Entendámonos bien. La amnistía no debe de ser un acto de indulgencia unilateral del Estado; debe de ser antes querida e 'interiorizada' por el futuro amnistiado. Pero, sin embargo, el Estado podía hacerse responsable, digamos,

a reconocer las razones ideológicas que han colocado a algunos jóvenes en los brazos del terrorismo.

Yo ignoro si el Estado tiene la intención de abordar seriamente el problema de la amnistía: las reacciones a los cuatro horribles asesinatos de brigadistas en Génova podrían colocarle tanto en este sentido como podrían, igualmente, incitarle a no buscar más que una victoria militar sobre el terrorismo. Esta última solución pudiera ser posible. Sin fascismo. Simplemente, mediante una disminución continua de las garantías constitucionales para ciertos grupos de ciudadanos. El Estado, sin embargo, está lleno de contradicciones. De una parte, algo de terrorismo le es útil. Por otra parte, fue necesario votar una ley que disminuye las penas a los terroristas 'arrepentidos'. Pero incluso esta ley, que podría ser inteligente, ha necesitado

que se le añada alguna cosa: las reducciones de penas no se aplicarán nada más que a los 'arrepentidos' que 'hablan colaborado con la justicia'. El arrepentirse no le basta al Estado; quiere también unos nombres...".

Totalmente aislados...

"Nosotros proponemos el volver a escribir los diez últimos años. Un trabajo enciclopédico. Con entrevistas a camaradas, a policías, al ministro del Interior, a sindicalistas, a sociólogos, a intelectuales. Nuestra tercera iniciativa, que tuvo lugar el 30 de marzo: una manifestación antiterrorista en la Piazza Navona, en Roma. Una especie de 'desenterramiento'. Nosotros recibimos en el periódico cartas que nos decían: 'Atención, una manifestación contra el terrorismo, de acuerdo; pero estos camaradas han sido ya completamente aislados, no podéis condenarlos'. Queda todavía dentro de algunos jóvenes una indulgencia. Nosotros querríamos incluirlos en una especie de psicoterapia colectiva.

El área de apoyo al terrorismo, o a la lucha armada, a pesar de todo, se ha reducido considerablemente en estos dos últimos años. El terrorismo, además, ha perdido la caja de resonancia que suponía para él las ocupaciones de casas, las autorrebasas, las expropiaciones proletarias, etc. ¿Qué quiere usted? La gente se ha cansado de ocupar los pisos, de equipar los barrios y de ver un buen día todo por el aire, porque un terrorista acaba de atacar a las piernas, al especulador inmobiliario contra el que ellos iban a luchar...". ■

EL ORIGEN SOCIAL DE LOS PRESUNTOS TERRORISTAS

Es imposible de determinar exactamente el origen de algunos de los 600 presuntos terroristas encarcelados. Sobre una muestra de cien casos, establecida de manera no científica, pero que se refiere a los ejemplos más conocidos, he aquí una estimación de la clase social por organizaciones de los terroristas italianos.

Intelectuales, profesores, estudiantes	
Brigadas Rojas	14
Autónomos	30
Prima Línea	12
Obreros	
Brigadas Rojas	17
Autónomos	2
Prima Línea	1
Empleados	
Brigadas Rojas	6
Autónomos	3
Prima Línea	9
Altos cargos	
Brigadas Rojas	—
Autónomos	6
Prima Línea	—

Se deduce de estas cifras que el terrorismo recluta sus miembros en casi todos los estratos sociales. Si se tiene en cuenta esta muestra, parece claro que los dedicados a la enseñanza eligen más frecuentemente los autónomos; los obreros, las B. R., y los empleados, Prima Línea.